



Rutas
Estelares

Poul Anderson

En todo el universo civilizado —y en buena parte del que todavía no lo estaba— se les conocía como «Los Nómadas».

Viajaban por las estrellas, comerciando y explorando, sin excesivo respeto por las leyes y ordenanzas de la Tierra Central. Sus propias leyes —clan, costumbres, tradiciones, asamblea de naves— marcaban los límites a sus «Rutas estelares».

Por eso fueron los primeros en detectar que existía un poder oculto entre las estrellas. Y que podían peligrar sus naves, su libertad y su cultura.

Por «Rutas Estelares» buscaron el porqué. Y hallaron la solución, abriendo un nuevo camino a toda la raza humana.

Una «*space opera*», lleno de acción y ternura, con un aliento épico que le hace perdurar en la memoria del lector.

Todo el mundo sabe que Poul Anderson es uno de los mejores autores de ciencia ficción: este libro lo confirma.

Jerry Pournelle

Rutas estelares (1956) es la primera novela de ciencia ficción para adultos que escribiera Poul Anderson, uno de los más famosos y característicos autores de la clásica época dorada del género. Un autor de gran éxito y maestría.

Éxito y maestría que nadie discute. En 1979, la famosa enciclopedia de Peter Nicholls decía de Anderson que se encontraba aún «*en lo mejor de una carrera extraordinaria y provechosa*» (una carrera empezada nada más y nada menos que en 1947, hace ya treinta y cinco años...) y le consideraba «*una figura en el panteón de los escritores de ciencia ficción norteamericanos (como el Asimov de la Edad de Oro o el Frank Herbert de una década posterior)*».

Y esa apreciación de la crítica más exigente es corroborada también por el gran éxito popular que atestiguan los muchos premios que ha obtenido por su obra. Aunque es un dato al que no se suele prestar la atención debida, Poul Anderson encabeza (junto con Harlan Ellison) la lista de ganadores del premio Hugo, que ha obtenido siete veces en su ya larga y dilatada carrera. También ha sido galardonado ya tres veces con el premio Nebula y, como en el caso del Hugo, casi siempre con relatos y novelas cortas que, durante muchos años, parecen ser lo más apreciado por los lectores.

Nacido en Bristol (Pensilvania, EEUU) en 1926, Poul Anderson, hijo de un ingeniero y una bibliotecaria, es conocido como un autor característico del «space opera» tradicional, aunque no huye de los contenidos más propiamente científicos y técnicos de la ciencia ficción conocida como «hard». Con toda seguridad, su licenciatura en física por la Universidad de Minesota (1948) justifica su interés por dicha temática clásica y tradicional en el género.

Pero, por otra parte, Poul Anderson muestra también un gran interés por la fantasía, a menudo al amparo de la mitología escandinava, tal vez fruto de su ascendencia familiar

y de su estancia en Dinamarca antes de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, sus más recientes obras se encuadran fácilmente en la fantasía («El Reino de Ys») o toman gran parte de su ambientación de temas fantásticos incluso cuando los incorpora a narraciones claramente de ciencia ficción («La nave de un millón de años»). Ese interés por la fantasía aparece no sólo en sus obras, sino también en sus aficiones, como demuestra su afiliación a «La legión Hyboria» o el haber sido promotor de la «Sociedad del Anacronismo Creativo».

Volviendo a Rutas estelares, parece ser que fue escrita en 1953, aunque tardó tres largos años en publicarse. En palabras del mismo Anderson: *«[Rutas Estelares] fue la tercera novela completa que escribí, tras "The Broken Sword" (La espada rota), una fantasía, y "Vault of the Ages" (La bóveda de las eras), una novela juvenil. Sin embargo, tardó más de tres años en ser impresa, ya que el editor que la aceptó y contrató la tuvo absurdamente retenida durante largo tiempo. [...] Al final, mi agente recuperó los derechos del libro y lo llevó a otra editorial.»*

Publicada en 1956, Rutas estelares cambió su título en 1978 cuando fue reeditada en Norteamérica y, desde 1978, se la conoce allí como «The Peregrine» (El peregrino) que es el nombre de la nave estelar de los protagonistas. El cambio de título es un tanto irrelevante y, en cualquier caso, (como veremos) no tiene ningún sentido mantenerlo en la versión española.

Rutas estelares se llamaba en inglés «Star Ways» que, al reeditarse en 1978, parecía demasiado cercano al entonces famosísimo «Star Wars» de la película de George Lucas estrenada en 1977. De nuevo en palabras del mismo Anderson, al presentar la edición de «The Peregrine» en 1978: *«Originalmente, el título de esta novela era "Star Ways". Ha sido cambiado para evitar cualquier apariencia de intentar explotar el éxito de la película "Star Wars"... lo que no*

deja de ser divertido ya que el libro ha estado por ahí durante más de veinte años...»

Como ya decíamos, en España el cambio de título no tiene sentido, ya que Rutas estelares no se parece en nada a «La guerra de las galaxias» con que nos obsequió un desconocido traductor cinematográfico. No es ocioso recordar que, al hacerlo, no pareció darse cuenta de hasta que grado ampliaba el universo aventurero de Luke Skywalker, Han Solo y la princesa Leia con ese salto (realmente sorprendente) de la escala estelar a la galáctica...

La reedición norteamericana de Rutas estelares en 1978 recogió también, como ya es en cierta forma tradicional, las quejas retrospectivas de Anderson respecto al poco cuidado que el primer editor tuvo con la novela:

«[en la nueva editorial] un corrector de estilo la cortó para ajustarla a un determinado número exacto de páginas, cambió el nombre de un personaje porque (supongo) parecía demasiado ruso, eliminó algunos pasajes de un erotismo realmente suave, y añadió unos absurdos títulos a los capítulos. No me consultaron para nada, ni me permitieron restaurar el original en una edición de bolsillo posterior. En esos días, los escritores de ciencia ficción ocupaban la parte inferior del poste totémico...»

Cuando en los años setenta se reeditaron muchas de las primeras obras de Poul Anderson, el autor intentó restaurar en lo posible las versiones originales. Pero esta novela tuvo que quedar prácticamente igual a la versión de 1956. El propio Anderson lo explicaba en la presentación de la edición de 1978 de «The Peregrine», al comparar la situación con la de 1956:

«Las cosas han mejorado mucho desde entonces, y agradezco a mi editor, Jim Baen, por ofrecerme la oportunidad de corregir los títulos antiguos que está re-editando. Pero, en este caso, se puede hacer poco, por que mi copia del manuscrito ha desaparecido hace ya mucho tiempo. Afortunadamente, aquí no era demasiado importante la co-

rección. La narración sigue siendo legible. De hecho forma parte de una "historia del futuro" que, posteriormente, abandoné, pero [esta novela] puede mantenerse independientemente de ella. Espero que la disfruten».

O sea que, para resumir, «The Peregrine» es en todo igual a la vieja «Star Ways», y por ello, en esta edición, se ha mantenido el título original y también se ha seguido el criterio de Poul Anderson en su edición de 1978 de numerar simplemente los capítulos y eliminar los viejos títulos fruto de la inspiración (?) de un ignoto corrector de estilo.

Con un tratamiento ya habitual en la «space opera» de aventuras, Rutas estelares presenta el grupo de los Nómadas que parecen haber evolucionado por si mismos a una forma de vida similar a la de los gitanos de la antigua Tierra. Los viejos carromatos se han convertido ahora en grandes naves estelares que encierran mundos enteros autocontenidos, habitados por los clanes de los Nómadas. Son, evidentemente, un grupo marginal, no demasiado apreciado por los Coordinadores Estelares de la central de Tierra, debido a su comportamiento peculiar y un tanto anárquico, que escapa a todo control. El peligro surge con unas inusuales desapariciones y pérdidas de naves y llevará a la nave Peregrino a una arriesgada exploración en busca de los posibles responsables de esa amenaza a los Nómadas y, tal vez, a toda la expansión galáctica de la humanidad.

Como puede verse, se trata de un tema clásico que, en manos de Anderson, recibe un tratamiento también clásico y muy característico de la buena «space opera» de aventuras de los años cincuenta.

Ya se ha dicho que Rutas estelares debía encuadrarse en una «historia del futuro» que no ha acabado cuajando. En cualquier caso, es ya evidente que dicha «historia» ha cedido su lugar a otro planteamiento evidenciado en otras obras de Anderson que, agrupadas en una especie de serie, se han convertido ya en títulos clásicos de la «space opera» de aventuras.

Se trata de la serie de la Liga Polesotécnica, inédita en España por ahora. En ella se elabora una «historia futura» de la galaxia en torno a dos protagonistas centrales y característicos: el comerciante Nicholas Van Rijn en el momento álgido de la civilización galáctica y el agente secreto Dominic Flandry durante la decadencia del imperio, unos trescientos años después.

Es una gran satisfacción poder anunciar que, ¡por fin!, esta serie, una de las más conocidas de Anderson en todo el mundo, empezará a publicarse en España en esta misma colección, a partir de las aventuras de Dominic Flandry.

La serie se iniciará precisamente con «Alférez Flandry» (Ensign Flandry) publicada en 1966, cuando Anderson empezó a recapitular la vida de un personaje que ya aparecía en «We claim These Stars!» (¡Reclamamos estas estrellas!) publicada por primera vez en 1959.

La sub-serie, un tanto compleja en su cronología (ya que hay cierta diferencia evidente entre el orden de publicación y la cronología interna de los hechos narrados), cuenta ya con más de media docena de títulos entre novelas y antologías de relatos, publicados entre 1959 y 1974. Pero de todo ello ya tendremos ocasión de hablar en un futuro cercano.

De momento, les dejo con la primera de las novelas de ciencia ficción de uno de los «primeros» autores del género. Al igual que Anderson, deseo que la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

I

Existe un planeta más allá del borde de lo conocido, y su nombre es Rendezvous.

Hay pocos mundos más hermosos para los ojos del hombre. Cuando las cansadas naves llegan desde el espacio y la soledad, ven una estrella amarilla sobre el fondo de las grandes constelaciones de frío color; y, al acercarse, ven tornarse incandescente su corona gloriosa. El planeta crece al aproximarse las naves; se convierte en un disco color zafiro orlado de nubes, empañado por la lluvia, el viento y las nieblas montañosas. Las naves se deslizan alrededor del planeta, estabilizándose en órbita entre las lunas, y las lanchas no tardan en desprenderse de ellas, lanzándose cielo abajo para tomar tierra. Y entonces, durante un tiempo, el planeta revive lleno de ruido y movimiento, mientras la vida humana se solaza en libertad.

Así debió ser la Tierra en una era olvidada, antes que los glaciares se corrieran hacia el sur. Aquí se ven las amplias y verdes ondulaciones del terreno, alcanzando hasta el horizonte remoto. A lo lejos se yerguen las montañas; al otro lado está el mar. El cielo no tiene aquí límites, cubriendo el mundo con su azul inmensidad.

Pero la diferencia es lo que te atormenta. Hay árboles, pero no son el roble, el pino ni el olmo, o la palmera, el baobab o la sequoia, de la Tierra, y el viento gime a través de sus hojas con un sonido extraño. Los frutos de los árboles son dulces, picantes y sabrosos al comerlos, pero siempre se nota la insinuación de un gusto que el hombre nunca conoció antes. Los pájaros no nos son familiares; los anima-

les de la llanura y la selva tienen seis patas y un reflejo verdoso en sus pieles. Por la noche, las constelaciones presentan un aspecto desconocido y tal vez se vean cuatro lunas en el cielo.

No, no es la Tierra, y el conocer este hecho se convierte en tu interior en un deseo que no te deja en paz. Pero tú nunca has visto la Tierra; y ahora el deseo ya forma parte de ti, de modo que tampoco allí te sentirás en casa. Porque te has convertido en un Nómada.

Y sólo tú has aprendido dónde encontrar este tranquilo lugar. Para todos los demás, Rendezvous está más allá del borde de lo conocido.

II

No había nadie más en la nave. Todos se habían apresurado a instalar sus puestos de venta y a mezclarse con los demás, para divertirse, pelear y llevar a cabo sus astutos negocios. Los pasos de Peregrino Joaquín Henry sonaron a hueco entre las desnudas paredes metálicas cuando entró en la esclusa neumática. La nave era una columna de cuarenta metros de acerada incomodidad, posada entre sus compañeras al final del Valle de los Nómadas. La aldea temporal se formó a unos buenos dos kilómetros de las naves.

Ordinariamente, Joaquín hubiera estado allí abajo, alegre y genial; pero era capitán y el Consejo de Capitanes iba a reunirse. Y no era ésta una asamblea a la que pudiera faltar, pensó. No, con las noticias que tenía que darles.

Tomó el eje de gravedad, dejándose llevar por el rayo ascendente hasta la cubierta superior, donde tenía su camarote. Después de emerger, cruzó el piso y abrió el guardarropa. Joaquín decidió que necesitaba un afeitado y pasó rápidamente la maquinilla por su rostro.

Normalmente no se preocupaba por las galas... como todos los Nómadas, llevaba cualquier traje o iba desnudo, durante los viajes. Las visitas a planetas no le obligaban de ordinario a vestirse formalmente; pero se esperaba de él que llevara el uniforme.

—Somos un grupo de nostálgicos —reflexionó en voz alta mientras se contemplaba en el espejo.

Éste le mostraba un hombre robusto de estatura mediana, piel morena, cabellos grisáceos y ojos grises que mira-

ban de soslayo entre una red de patas de gallo. El rostro era franco y rudo, cruzado por líneas profundas, pero no viejo. Era de mediana edad —tenía sesenta y cinco años— pero había en él vitalidad.

El kilt, con sus cuadros escoceses en rojo, negro y verde, los colores del clan Peregrino, le venía estrecho de cintura. ¿Habría encogido la maldita prenda? No, más bien temió haber engordado. No mucho, pero Jere le habría gastado bromas acerca de ello y después hubiese ensanchado la prenda.

Jere. Ya hacía quince años que llevara a cabo la Larga Travesía. Y los niños habían crecido y se habían casado. Bueno... Continuó vistiéndose. Sobre la fina camisa se puso rápidamente una chaqueta bordada complicadamente, con el escudo de armas de Joaquín tejido en el dibujo. Su manga llevaba la insignia de su rango —capitán— y de su servicio —astrogación—. Calzaba botas altas cubriéndole las piernas; una bolsa y la pistola en su funda pendían de su cinturón y un gorro con plumas le cubría la cabeza de cortos cabellos. Porque era hereditario y se esperaba de él, llevaba el collar de oro macizo y su medallón incrustado de diamantes. Una capa púrpura y escarlata flameaba sobre sus hombros y llevaba las manos enfundadas en guantes.

Joaquín cruzó el camarote, bajó por el eje, salió de la esclusa neumática y descendió por la escalera retráctil que servía de pasarela. Un camino apenas marcado serpenteaba desde el valle y lo siguió, moviéndose con un paso ligeramente bamboleante, parecido al de un oso. El cielo aparecía absolutamente azul; la luz del sol se derramaba por la amplia y verde extensión de terreno; el viento le trajo la débil y cristalina risa de un pájaro campanero. No había duda, el hombre no estaba hecho para sentarse en una concha metálica y apresurarse de estrella en estrella. No era extraño que tantos hubieran abandonado la vida nómada. ¿Quién fue aquella joven, la chica de Sean, de Nerthus?

—¡Salud, Hal! —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvió.

—¡Oh, Laurie! Hace mucho tiempo que no te veía.

Vagabundo MacTeague Laurie, luciendo un arco iris en su uniforme, adaptó su paso al de Joaquín.

—Llegué ayer —explicó—. Supongo que hemos sido los últimos y traemos noticia del *Caminante* y del *Romero* de que no podrían venir este año. De manera que con esto todas las naves están ya aquí... de todos modos, Viajante Thorkild dijo que convocaría hoy la reunión.

—Así es. Hablamos con el *Vagante* cerca de Canopus y no van a venir. Tenían algún negocio entre manos; supongo que será un nuevo planeta con posibilidades de comercio y que desean llegar allí antes de que otros lo hagan.

MacTeague silbó.

—Se alejan mucho, verdaderamente. ¿Qué hacías tú a tanta distancia?

—Sólo echar un vistazo —dijo inocentemente Joaquín—. No hay nada de malo en eso. Canopus es todavía territorio libre; ninguna nave lo ha reclamado aún.

—¿Por qué hacer un Salto si tienes todo el comercio que puedas desear en tu propio territorio?

—¿Tu tripulación está de acuerdo contigo?

—Bueno, la mayor parte. Algunos, naturalmente, están siempre suspirando por «nuevos horizontes», pero hasta ahora no lo han puesto a votación. Pero... —los ojos de MacTeague se estrecharon—. Si tú has estado rondando cerca de Canopus, Hal, es que ahí hay dinero.

* * *

El salón de los Capitanes se hallaba cerca del borde de un risco. Más de dos siglos atrás, cuando los Nómadas descubrieron Rendezvous y lo escogieron como lugar de reunión, construyeron el Salón. Doscientos años de lluvias, vientos y sol habían transcurrido; y todavía estaba ahí. Se-

guramente continuaría en el mismo lugar cuando todos los Nómadas hubieran desaparecido en la nada.

El hombre era una cosa pequeña y apresurada; sus naves espaciales atravesaban los años luz y su febril energía hacía resonar los cielos de un millar de mundos con sus obras... pero la vieja oscuridad inmortal llegaba mucho más lejos de lo que él pudiera imaginar.

Los otros capitanes iban llegando también, en un torbellino de color y un retumbar de voces. Sólo había unos treinta en esta cita... cuatro naves informaron que no vendrían, y además habían los desaparecidos. Todos los capitanes habían dejado atrás su juventud; algunos eran bastante viejos.

Cada nave Nómada era en realidad un clan... un grupo exógamo que pretendía tener una descendencia común. Había, por término medio, unas mil quinientas personas de todas las edades en cada navío, pasando las mujeres a las naves de sus maridos. La capitanía era hereditaria y el sucesor se elegía entre los hombres de la familia, si había alguno suficientemente calificado.

Pero los nombres eran siempre los mismos. Sólo había dieciséis familias en el *Viajero I*, el cual había comenzado la entera cultura Nómada, y la adopción no añadió muchas más. Periódicamente, cuando las naves estaban superpobladas, los jóvenes se unían y fundaban una nueva, ayudándoles todos los Nómadas a construir el navío. De este modo se había expandido la flota. Pero la presidencia del Consejo era hereditaria en la persona del Capital del *Viajero*..., el tercero de este nombre durante los trescientos años desde que empezó el viaje imperecedero, y siempre era un Thorkild.

El *Vagabundo*, *Gitano*, *Hobo*, *Viajero*, *Beduino*, *Swagman*, *Ambulante*, *Explorador*, *Trovador*, *Aventurero*, *Sundowner*, *Emigrante*... Joaquín vio entrar a los capitanes y se preguntó, para su capote, qué nombre llevaría la nave si-

guiente. Había una tradición que prohibía usar un nombre que no fuera tomado de cualquier idioma humano.

Cuando todos los demás hubieron entrado, Joaquín subió al porche y penetró en el Salón. Era un lugar espacioso y agradable, con sus pilares y artesonado tallados con intrincado cuidado, sus tapices y los relieves metálicos pulidos. Se podían decir muchas cosas en contra de los Nómadas, pero tenía que admitirse que eran unos hábiles artesanos.

Joaquín se recostó en su silla junto a la mesa, cruzó las piernas y buscó la pipa en sus bolsillos. Cuando la hubo encendido y ya exhalaba alegres nubes de humo azul, Viajero Thorkild Helmuth llamaba al orden a los reunidos. Thorkild era un hombre alto, sombrío y de rostro austero, de cabellos y barba blancos, que se mantenía rígidamente erecto en su silla de oscura madera tallada.

—En el nombre del cosmos, Rendezvous —empezó formalmente.

Joaquín no prestó mucha atención al ritual que siguió.

—Todas las naves excepto cinco están aquí presentes o han dado razón de ellas —concluyó Thorkild— y por lo tanto he convocado esta reunión para discutir hechos, determinar nuestra política y presentar propuestas ante los asistentes. ¿Tiene alguien alguna cuestión que presentar?

Hubo, como de costumbre, unas cuantas, ninguna demasiado importante. El *Romany* deseaba que se le reconociera como territorio propio una extensión de cincuenta años luz alrededor de Thossa. Ningún otro navío Nómada podría comerciar, explotar, construir, organizar o hacer uso en cualquier otra forma de dicha región, sin el permiso del concesionario. Esto se fundamentaba en que el *Romany* había llevado a cabo la mayor parte de las exploraciones de aquella zona. Después de alguna discusión, se le concedió.

El *Aventurero* deseaba informar de que el Shan de Barjaz-Kauí en Davenigo, conocido también como Ettlume IV, había implantado un nuevo impuesto para los comercian-

tes. Como el planeta era conocido por el Servicio de Coordinación, a los Nómadas no les era posible derrocar al Shan por la violencia; pero, con algo de ayuda, tal vez fuera posible derrocarlo y conseguir un príncipe más amistoso. ¿Alguien se interesaba por el proyecto? Bien, quizá el *Bedui-no*; podrían hablar de ello más tarde.

El *Paseante* había tenido dificultades más serias con los de Coordinación. Parecía ser que el navío estuvo vendiendo armas a una raza a la que no se suponía bastante preparada para tal tecnología y el Servicio de coordinación lo había descubierto. Todos los Nómadas harían bien en vigilar sus pasos durante un tiempo.

El *Fiddlefoot* iba a ir a Espiga, donde intentaría cambiar productos Solares y deseaba saber si a alguien le interesaba comprar una participación en su empresa. Los artículos transportados libremente desde Sol eran caros.

Así siguió... propuesta, debate, argumentación, informe, decisión definitiva. Joaquín bostezó y se rascó. Finalmente le llegó el turno y alzó un dedo.

—Capitán Peregrino Joaquín —le reconoció Thorkild—. ¿Habla usted en nombre de su nave?

—En mi nombre y en el de otros pocos —dijo Joaquín—, pero mi nave me seguirá en esto. Tengo que presentar un informe.

—Proceda.

Todos los ojos se fijaron en él, a lo largo de la mesa del Consejo.

Joaquín empezó recargando su pipa.

—Me he sentido algo así como curioso durante los últimos años —dijo— y he mantenido los ojos bien abiertos. Hubieran podido creer que era uno de Coordinación, por el modo en que he ido reconstruyendo el crimen. Y yo creo que es un crimen, o tal vez una guerra. Una guerra silenciosa, pero guerra. —Se interrumpió calculadoramente para encender su pipa—. Durante los últimos diez años, más o menos, hemos perdido cinco naves. Nunca volvieron a in-